

De oposiciones y otras menudencias

Josep TERMES

Universidad Pompeu Fabra

Franco se moría y vivíamos los estertores de la dictadura. Era el final de la primavera de 1975 cuando se iniciaba una delicada oposición en la que competíamos tan sólo Xavier Tusell y yo por una plaza de agregado de Historia Contemporánea Universal y de España de la Universidad Autónoma de Barcelona. Delicada, porque yo me jugaba mi futuro a una carta, decidido a concentrarme en la vida universitaria sin otra perspectiva en cualquier campo diferente que hubiera permitido sobrevivir económica y profesionalmente, y Tusell, porque venía rebotado de una reciente oposición en la que el tribunal había decidido conceder la plaza a Ricardo de la Cierva, ante la irritación y el escándalo de la opinión académica liberal madrileña. El franquista había vencido al no franquista. El resultado de nuestra oposición estaba pues cantado y yo no conseguí la plaza de mi universidad, pero realicé unas pruebas dignas que supusieron que el tribunal (que me dio dos votos por tres a Tusell) se comprometiera extraoficialmente a apoyarme por todos los medios para que obtuviera la siguiente plaza. Así fue como la víspera de San Juan de 1975, noche de fiesta y alegría popular en Cataluña, regresara yo a Barcelona con la satisfacción de haber conseguido un triunfo, mi victoria, a pesar de la aparente derrota. El ciclo se cerró en noviembre de este año (en noviembre precisamente, cuando el parte de la tele era el alimento diario de franquistas y antifranquistas) con una plaza ganada al igual que Andrés Gallego y con David Ruiz de único derrotado. Yo me quedé con la de la Universidad de Barcelona, y Andrés Gallego con la de Oviedo: el reparto era el acuerdo entre caballeros que permitía que Vicente Cacho tuviera un cierto acompañamiento humano y científico en su nueva singladura de catedrático en la Universidad de Barcelona, al tenerme a mí de acompañante y amigo en la docencia en la que para los dos era la nueva Universidad, entonces de ambiente difícil, tenso y crispado, con unos movimientos juveniles lanzados a la vorágine del izquierdismo más infantil y lamentable.

Este proceso cerraba mi ciclo de oposiciones iniciado el año anterior con una victoriosa oposición a una plaza de adjunto de Ciencias Sociales de la misma Universidad Autónoma de Barcelona. La oposición fue masiva ya que trataba de solucionar la situación de decenas de profesores interinos que llevaban tiempo ejerciendo la docencia en la universidad. En esta oposición me «deleitaron» con un complejo temario de 18 temas que incluían, en aquella lejana época, perlas del tenor de «El empleo del ordenador en la historia», «Doctrina de roles y estatus», «Familia nuclear y familia extensa», «Movimientos sociales en la Baja Edad Media», «La nueva escuela de la Economic History» o «La literatura en la histo-

ria», que fue precisamente el tema que me tocó en el sorteo, y que me gustaba tanto que era el único que no había preparado anticipadamente. No hubo problema y obtuve con este tema la segunda nota más alta, que luego me bajaron porque al tratar en la encerrona el tema de las revoluciones liberales lo realicé, falto de práctica en la rutina de las oposiciones, sin citar autores de referencia ni apoyarme en grandes autoridades, tal como habría hecho en una clase corriente (me refirieron que en mi defensa un miembro del tribunal alegó esta realidad). La tranquilidad de haber conseguido esta plaza fue breve puesto que al año siguiente, y estimulado por Joan Reglà, recién incorporado a la UAB, me decidí a opositar a la plaza de agregado de la entonces mi universidad en la oposición a la que antes me he referido. Recordando los momentos claves de las agregadurías he de citar por su trascendencia los temas de las encerronas y de las magistrales: en la primera me adjudicaron una cuestión entonces viva y de moda, la desamortización, y traté de elección propia un tema estándar, la unidad italiana; en la segunda me dieron un tema más original y delicado «La revolución bolchevique y sus consecuencias», esperando tal vez que quedara retratado de rojo, sin sospechar quizás que yo era ya entonces un historiador no marxista, ferozmente hostil al determinismo y al economicismo, así como un crítico nada prudente del estalinismo y del sistema soviético (sobre lo cual, por cierto, no sólo había leído muchísimo, sino que tenía además una buena biblioteca particular); la magistral la preparé durante el verano de 1975 en el Port de la Selva —donde por primera vez en mi vida alquilé un apartamento de costa por dos meses, precisamente para estudiar tranquilo y en calma— y versó sobre los nacionalismos eslavos en la monarquía habsburguesa hasta 1914, en la que intenté demostrar la complejidad de los movimientos esloveno, croata y bosniaco en su difícil conexión con la política serbia y montenegrina, y cómo religión, cultura, lengua y política convertían lo que sería la futura Yugoslavia en un proyecto conflictivo y quizá inviable. He de reconocer que por una sola vez, mi función de historiador sirvió para prever el futuro. Por cierto, que tenía tan trabado el argumento, que un miembro del tribunal, Carlos Seco, al terminar el ejercicio pidió las notas del mismo pensando que tal vez lo había leído íntegramente, lo que no era el caso. El doctor Seco, prologuista de mi primer libro en 1965, se mostraba un tanto irritado porque durante la encerrona le cité recordando que no compartía el criterio de los historiadores que hablaban de dos grandes ciclos históricos, el burgués iniciado con la revolución francesa de 1789 y el proletario que tenía su cenit en el triunfo bolchevique de 1917, cuando yo veía en la humanidad occidental un profundo proceso de evolución que no de revolución, que se iniciaba en el mundo anglosajón con la independencia de las colonias americanas, el parlamentarismo británico y su revolución industrial, elementos clave en el profunda transformación de Occidente desde finales del siglo XVIII.

Había ganado una agregaduría que me permitiría tener un sueldo seguro y un retiro, el fantasma de la inseguridad y de la pobreza se había alejado de mi vida pero ¿cómo había llegado yo hasta allí? El camino no había sido fácil ni cómodo. Veamos: nací en el fatídico mes de Julio de 1936, nueve días después de haberse iniciado el alzamiento y la revolución, en una Barcelona en llamas. Hijo

de padres de pobre origen payés emigrados a Barcelona desde su subdesarrollada comarca natal (La Segarra y la Terra Alta) que no habían tenido la posibilidad de ir a la escuela; estudié el bachillerato en un modesto colegio religioso, el claretano, en mi barrio de la periferia de Gracia, donde el ambiente obrero era el dominante y en el que mis compañeros de calle trabajaban ya de aprendices a los catorce años. En el barrio obrero y menestral forjé mi sociabilidad hecha de populismo catalán y de modestia social, teñida del izquierdismo natural que era un cóctel de Esquerra Republicana y del anarcosindicalismo de la CNT. De haber, había dictadura pero, en la calle, Macià, Companys y el Noi del Sucre eran tema de abierta conversación y apología. Fui el primero de mi dinastía familiar en hacer el bachillerato y en ir a la Universidad, en la que ingresé en 1953 para estudiar farmacia. Me gustaba la historia y durante los últimos años del bachillerato siempre afirmé querer estudiarla, pero el temor al hambre y la seguridad que ofrecía la carrera de farmacia me empujaron a la hora de la verdad, y terminado el examen de estado, donde conseguí un notable, a matricularme en la difícil carrera de farmacia, donde estudié cuatro cursos, hasta el 1956-57.

El azar torció las cosas y no fui farmacéutico: la agitación iniciada en la universidad de Madrid en 1956 llegó también a la de Barcelona y cambió el curso de mi vida. Me lancé como un poseo a la vorágine de convocatorias, conferencias, asambleas, manifestaciones, y el ambiente estudiantil de los de farmacia se me hizo insignificante al lado de la euforia y la pasión que se respiraba sobre todo en las facultades de letras y derecho. Conocí agitadores juveniles, subversivos y políticos en ciernes. La decisión fue rápida, abandoné farmacia y me matriculé en letras para estudiar historia: allí estaba el ambiente, la polémica, la lectura crítica, amplia y variada. Me harté de literatura italiana: Pratolini, Moravia, Pavese, Levi, Silone, Vittorini; francesa: Sartre, Camus, Beauvoir; Brecht; la novela social norteamericana: S. Lewis, Dos Passos; de historia todo, de Bataillon, Sarrailh y Braudel a Sánchez Albornoz, Américo Casto, F. Soldevila... y Brenan.

Ingresé en el PSUC clandestino en el invierno de 1957, de la mano de amigos de la nueva facultad y fui miembro de su primer comité universitario en 1958, que inició inmediatamente la publicación clandestina de un periódico de larga duración, «Universitat». En marzo de 1958 preparamos la Jornada de Reconciliación Nacional, y en 1959 la Huelga General Pacífica; fabricamos y distribuimos cientos de miles de octavillas impresas en un imposible ciclostil manual, de las de tinta y rodillo. Mientras preparaba la Jornada, me detuvo la Brigada social una noche y me interrogó durante dos días, algo duramente, en la Vía Layetana, sin que consiguieran confesión ninguna, ya que tenía bien memorizadas todas las excusas y falsedades para cubrir los tiempos de mi actividad clandestina. Fuimos los primeros en el ingreso de los activistas en el SEU para «democratizarlo desde dentro», cumpliendo las consignas del partido de combinar el trabajo legal y el clandestino. Mi activismo comportó un expediente sancionador que llevó a cabo Torcuato Fernández Miranda (con sus interrogatorios incluidos, que realizaba su adjunto mientras él hacía breves apostillas) que desembocó en una expulsión por tres años de la Universidad de Barcelona. Así fue que los cursos 1958-61 fui alumno libre de la Universidad de Zaragoza, a la

que simplemente me acercaba unos pocos días en junio y septiembre para realizar los exámenes, ya que el curso de hecho lo pasaba en el patio de Letras de la universidad de Barcelona, donde con permiso de los profesores asistía a clases y seminarios. Tuve de profesores a Jaume Vicens Vives, Jordi Nadal, Emili Giralt y Carlos Seco, entonces recién incorporado como catedrático de Historia general de España a la Universidad de Barcelona. Al margen de la universidad, pues mayor que yo ya se había licenciado, con Josep Fontana organizamos seminarios y cursos privados de historia, así como una fructífera colaboración basada en la visita dominical a los puestecillos de libros de viejo del Mercat de Sant Antoni y a las librerías de lance, que se prolongó más de 20 años. La lectura y comentario semanal de viejos libros de historia fue la base de nuestra formación.

En los seminarios de Jaime Vicens aprendí, más que metodología, dialéctica sobre los hechos históricos; en cambio, sus entonces jóvenes ayudantes Nadal y Giralt profundizaban monográficamente las técnicas de la historia económica y del análisis textual (la escuela de los *Annales* hacía furor entre ellos). Yo me mantuve a distancia de ella, porque si es cierto que leí, releí y estudié con pasión *Industrials i polítics*, coincidió su publicación con la de *Orígenes del anarquismo en Barcelona*, de mossen Casimir Martí, y este libro me entusiasmó y fue mi guía y faro. Mi formación de barrio me inclinó, no a la historia económica ni a la estadística, sino a la contemporaneidad de lo social: el mundo popular, sus hombres, sus gestas, sus aciertos y errores, esto era historia y pasión, ciencia y vida para mí.

Con Carlos Seco inicié mi relación al asistir a su asignatura de Historia contemporánea de España y a sus seminarios sobre carlismo; se hizo asiduo el trato y la confianza y le expuse mi proyecto de realizar una Tesis de Licenciatura sobre la Primera Internacional, investigación que acogió con agrado y apadrinó. Le puse pues sobre la pista de la nueva historia del movimiento obrero y de la existencia de los importantes fondos archivísticos de la Biblioteca Arús, sobre las comunicaciones, circulares y actas de la Asociación Internacional de los Trabajadores hispánica, que había descubierto gracias a la amistad de C. Martí y que entonces se hallaban en una biblioteca, de hecho, casi clandestina, cerrada a cal y canto y que sólo gracias a sus relaciones podíamos entrar privadamente y fuera de todo protocolo oficial. En la Facultad hice amistad con un joven licenciado en Derecho aficionado en la Historia, Antoni Jutglar, al que presenté al Dr. Seco. Con Jutglar compartí lecturas y discusiones sobre la Primera República y el federalismo, en definitiva sobre el siglo XIX que, desde entonces, fue mi siglo preferido para la investigación. Otro asiduo de la nueva historia social a la francesa, es decir, historia del obrerismo con otro nombre más suave, fue Miquel Izard, entonces aún no lanzado al americanismo.

En 1962 terminé, bajo la dirección de Seco, mi tesina, que publiqué en 1965 con el título de *El movimiento obrero en España. La Iª Internacional. 1864-1881* y con un extenso prólogo suyo. Antes, el curso 1963-1964, fui lector de español en la University of Sheffield, donde aproveché el tiempo libre para corregir la tesina, y los cursos 1964-1966, regresado a Barcelona, fui ayudante de clases prácticas con Seco, en letras, y con Nadal, de Historia Económica, en la Facultad

de Económicas (cosa que me obligó a practicar un cierto contorsionismo pues los dos no se llevaban nada bien). Esta experiencia universitaria fue breve porque, a raíz de la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona y del consiguiente encierro en los Capuchinos de Sarriá, un nuevo y general expediente universitario concluyó con mi expulsión de la universidad junto con una setentena de otros profesores y la renuncia de los catedráticos Tierno Galván, García Calvo y Valverde. Se cerraba mi camino en la universidad que tantos esfuerzos me había costado a mí y a mi familia. Gracias al trabajo en la editorial Planeta, donde desde 1963 trabajaba en la elaboración del Larousse-Planeta, junto con Fontana, Garrabou, Izard y otros, pude evitar mi paso definitivo a las academias de piso o barrio. Fueron mis años de dirección en los comités universitarios y de intelectuales del PSUC, donde casi nunca congeniaba o coincidía con un doctrinario como Manolo Sacristán. Esta experiencia política, por mi parte siempre crítica (psuquista pero no pro-PCE, comorerista, obrerista más que marxista, de talante liberal y no sectario ni determinista) vino marcada, gracias a las innumerables lecturas sobre el tema, por mi hostilidad al modelo soviético y mi ruptura casi definitiva con él después de la invasión de Checoslovaquia en 1968.

Este mismo año se me abrió la ventana cuando los hermanos Villar Palasí, uno desde el ministerio y el otro desde el rectorado, crearon una nueva universidad, la Universidad Autónoma de Barcelona. Martí de Riquer y Frederic Udina me llamaron para que impartiese allí unos cursos de historia, y al año siguiente, coincidiendo con Jutglar como jefe de departamento, me ofrecieron una dedicación exclusiva, primero como profesor contratado, y al año siguiente como profesor adjunto interino. Viví unos días en París el Mayo de 1968, lo que confirmó mi falta de sintonía con el izquierdismo, y, en general, con los movimientos juveniles y universitarios, haciendo de mí lo que en realidad era, un demócrata-social de catalanidad probada, de espíritu, creo, liberal y tolerante, lejano del doctrinarismo y del experimentalismo en la ingeniería social; un populista, vaya.

En aquellos años un grupo reducido de profesores en el que se encuadraban Ernest Lluch, Joaquim Molas, Fontana y yo esbozó un proyecto de revista de historia pluridisciplinar, que en 1972 apareció con el nombre de *Recerques* y cuyo subtítulo era el banderín de la apertura de la historia a otros campos: Historia. Economía. Cultura. En ella publiqué en 1972 un estudio sobre el federalismo catalán durante el Sexenio democrático que replanteaba la visión del movimiento federal, al que definí como populista y particularista catalán, y no burgués.

¿Qué historiadores me influían entre tanto? Muchos y muy variados. Más que hombre de una escuela he sido un ecléctico y yo mismo me hacía las combinaciones y las mezclas de historiadores y libros. Así me entusiasmé con Jean Maitron y su magistral historia del anarquismo en Francia hasta el 1914, con Cole y su historia del pensamiento socialista, tan ecléctico y socialdemócrata. Dólleans, E. Santarelli, A. Kriegel y L. Valiani fueron leídos y asimilados pero no me dejaron particular huella (excepto Kriegel por sus lúcidos análisis del bolchevismo y del estalinismo). Hobsbawm y sus rebeldes primitivos más me irritó que otra cosa. En cambio el Bakunin de E. H. Carr me convirtió, más que sus

estudios sobre la URSS, en un *fan* suyo y en un decidido propulsor de la biografía histórica a la británica. De E. Labrousse me quedaron sus tres etapas del obrerismo (la pragmática, la doctrinaria y la de masas) y poca cosa más (ya he dicho que fui poco de la escuela de los *Annales*). En cambio, la minuciosa erudición de Hennessy al estudiar el movimiento federal me interesó grandemente y encontré utilidad en su estudio. No hay que añadir que la estrella fue siempre Casimir Martí, evidentemente por el tema tratado y la finura de la investigación con el que lo había llevado a cabo.

Encontré calor humano en Jordi Nadal que se brindó a dirigir mi tesis doctoral, de la que salió en 1972 la versión definitiva de la Primera Internacional, y que campechanamente confesó en el acto de su lectura que él ponía en la historia las fábricas y yo los obreros, y que así complementábamos nuestra investigación; y también en Joan Reglà, alejado ya de la Universidad de Valencia en la que tanta escuela y tantos discípulos había creado. Fue él precisamente el que me invitó a participar en unos cursos de historia que dirigía aquel verano en la Magdalena de Santander, donde en mi primera cena de neófito y periférico, Florentino Pérez Embid me invitó a la mesa que presidía y me pregunto, al decirle que era catalán, «si ejercía». Mi respuesta rápida y contundente le obligó a pronunciar un amable «no siga, no siga, ya está claro». Reglà me animó, como he dicho, a presentarme a las oposiciones de agregaduría que se anunciaban y me puso en antecedentes, que yo ignoraba totalmente, de lo que se entendía por mecánica de las oposiciones, y Vicente Cacho fue un aliado leal obligándome a memorizar y preparar detalladamente los distintos ejercicios. Iba, pues, a las oposiciones desnudo de apoyos, huérfano de influencias, pero eso sí, leído y combativo. Luego la providencia, el destino o la suerte sellaron mi futuro y me amarraron a la universidad y su docencia.

El Port de la Selva, 1 julio del 2005